

desgracias consiguientes; pero principalmente lo subordina todo al pensamiento capital, á la independencia de la patria. Si en Aculco, Guanajuato y Puente de Calderón ve disiparse casi sus más halagüeñas esperanzas, no por eso se desalienta su probado valor, ni permanece en la inacción. Si se ve al frente de una chusma indisciplinada que á cada paso le hace temer que ni podrá entender sus órdenes, ni sufrir un choque militarmente organizado por el enemigo; si su pericia militar es desatendida en casi todas las batallas del ejército independiente, por la presumida tenacidad del Cura Hidalgo; si á su vista la pérdida de las batallas era casi segura por la falta de táctica, de disciplina, de armas, de provisiones, etc., su valor era el mismo una vez comprometida en la guerra la suerte de sus compañeros de armas. Entonces, olvidando los desaires recibidos, supliendo con la energía la actividad y la presencia de ánimo lo que faltaba de elementos favorables, era el primero que improvisaba el plan de batalla, ya que no se había pensado ninguno por quien correspondía; era el primero que se lanzaba á los peligros, el último que se retiraba del campo, ó de la trinchera, y el único que con ese valor detenía á la multitud para que no abusara de la victoria, de la fuerza en la población, y de la venganza con los vencidos. Ni podrá confundirse nunca en el señor Allende el puro entusiasmo con el verdadero valor, porque si aquél suele parodiarlo algunas veces, son pocas, no subsiste en los reveses, ni menos al frente de una

muerte segura afrentosa y que sume en el abismo de la nada todas las esperanzas; el valor de nuestro Allende le era tan en este fatal lance, como en todos los difíciles de su vida se mostró siempre el mismo, verdadero, modesto, magnánimo y generoso.

Ahora bien, ¡cuánto se realza el valor cuando va acompañado del desinterés!

Es tan natural en el hombre el egoísmo, que trabaja por los intereses ajenos, para enriquecerse á sí mismo; es tan común el deseo de hacer fortuna cuando se presenta ocasión favorable, y tan raro el desinterés en las personas colocadas en la posición del señor Allende, que cuando sucede lo contrario el hecho se considera como un prodigio; se le admira, y la voz pública no puede dejar de tributar un homenaje de honor y de gloria al que practica dignamente una virtud tan sublime. Si nuestros compatriotas hubieran visto bajo este punto de vista, al señor Allende; si hubieran considerado un poco ese noble desprendimiento que manifestó en la época en que, dueño de la revolución de 810, tuvo en sus manos inmensos caudales, ésto solo bastaba para que lo hubieran proclamado el primer hombre de nuestra nación. Nadie ignora que en Guanajuato fué riquísimo el botín; todos están al tanto de las cantidades que se extraieron de Valladolid (hoy Morelia); todos saben que los caudillos de esa revolución, y principalmente el que nos ocupa, por sus brillantes antecedentes, tenían á su disposición las

ricas fortunas de los criollos que tomaron parte en el movimiento político ó lo auxiliaron, y, sin embargo, Allende no tomó un solo peso de tanta riqueza. ¿Qué digo tomar?; perdió sus propios recursos; nada había destinado al hijo natural que tenía y que amaba con delirio; todo lo desatendió, todo lo olvidó, todo lo sacrificó desde el momento mismo en que le dió el último adiós á su país natal, á sus amigos y conciudadanos para lanzarse á la revolución.

Todavía más: hizo cuanto estaba en su poder, aun con peligro inminente de su vida por salvar la vida é intereses de los españoles: en Guanajuato, en Guadalajara y en otras partes, se le vió como al genio de la guerra, dispersando con espada en mano las multitudes agolpadas á las tiendas, á las casas, á las oficinas públicas, con el objeto de robar y de destruir, y muchísimos oyeron las enérgicas y repetidas quejas que sobre esto dirigía al señor Cura Hidalgo, y las vehementes reprimendas acerca de esto, que dirigía á las turbas ó al ejército cuando se entregaban al pillaje.

Murió verdaderamente pobre, cuando había vivido acomodado, y lo que únicamente le quedaba y legó en testamento á su patria, fué su propia vida.

Y á la verdad que si es tan raro el desinterés en las circunstancias de nuestro héroe, no es, sin embargo, tan difícil á una alma noble despreciar el dinero y sus mezquinas comodidades, cuando está poseída de un sentimiento superior; pero hacer sacrificios repetidos de su amor propio, verse hu-

millado teniendo la convicción de superioridad, verse olvidado ó postergado por la ingratitud; tener que mendigar el apoyo de quienes eran nada en su presencia; pelear como valiente para separar la torpeza ajena después de ver despreciada la experiencia, la inteligencia, inteligencia propia; sufrir todo ésto y mucho más porque sólo prosperase el pensamiento nacional, porque sus conciudadanos tuviesen patria, y por que México se llamase nación; este es el colmo del más sublime desprendimiento, y de la abnegación más profunda; esto es lo que distinguirá siempre y exaltará mucho sobre los demás, á las almas privilegiadas que la Providencia destina para modelos del mundo. Y al referir todo ésto del señor Allende, nada exageramos, pues que sólo hemos concretado la historia. ¿Ella no nos dice que, siendo nuestro héroe el primer hombre de la revolución, y el que la había concebido, meditado, y el único que la hubiera llevado á cabo, no sólo quiso compartir esta gloria con el señor Hidalgo, sino sometérsele? En las juntas de generales, ¿no fueron reprobados casi siempre sus acertados consejos y sus diestras combinaciones, como en Aculco y Puerto de Calderón?; ¿y á ellos no se debió la victoria de las Cruces, aunque no se supieron apreciar? ¿No vino á Guanajuato casi solo y abandonado del ejército, como el más obstinado é inútil? ¿No tuvo que acogerse á la protección humillante de mendigar en Guadalajara la del señor Hidalgo? ¿No sucumbió á la traición de Chihuahua? ¿no se vió atado é in-

sultado en la prisión por el juez que, como tal, debió tener la augusta impasibilidad de la ley? ¿No murió, en fin, á manos de aquellos á quienes quiso hacer independientes, pero siempre grande, magnánimo y generoso?

Mientras que la historia, que no tiene indulgencia ni partido, ha manifestado las retracciones, las lágrimas, las protestas que hicieron en los últimos momentos los otros caudillos de la célebre revolución, ¿qué ha dicho de Allende?, nada; porque nada tenía de que lamentarse un hombre que, al concebir un pensamiento sublime nacional, que al sacrificarlo todo, aun lo más amado, por llevarlo á cabo, que al pelear denodadamente y exponer mil veces su vida por defenderlo; que al sobreponerse á todas las dificultades para ejecutarlo; que al ponerlo en práctica deseaba sólo el bien de sus conciudadanos; que al sucumbir valerosamente hacia el último sacrificio, sólo había practicado virtudes grandes y sublimes virtudes, propias solamente del verdadero heroísmo. Tal fué el señor don Ignacio Allende y tal debió haberse presentado siempre á los hijos de México, digno por todos títulos del amor, de la gratitud y del respeto de sus conciudadanos. Pero qué mexicano, ¡oh inmortal Allende!; ¡quién te negará ese amor, esa gratitud y ese respeto!; ¡qué mexicano olvidará tu heroísmo, dejará de rendirte el homenaje de su admiración, y ensalzar tu gloria, que es la suya! ¡Qué importa que descansen tus restos en una tumba ignorada! La vida de los grandes hombres está en

la posteridad, y su inmortalidad en la historia; ella comienza á hacerte justicia; ella te elevará otro pedestal al nivel del de Iturbide; ella os presentará á ambos en el mundo como la semilla y el fruto, como la cabeza y el corazón en la obra de nuestra independencia, y ella por fin grabará con letras de oro brillante é indelebles el heroico nombre de don Ignacio Allende.....



En la Administración de Rentas de S. Miguel de Allende existían los documentos que, como apéndice de la presente obra, ven la luz en facsímile, para exhibirlos con toda originalidad.

Se publica el Corte de caja como una curiosidad de la época, y por haberse practicado el 16 de Septiembre de 1810, el mismo día que las fuerzas insurrectas ocuparon la población citada arriba, entonces Villa de San Miguel el Grande; y aparecen los otros tres por su importancia histórica, no obstante de ser meros borradores, que se escribieron como un trámite de oficina, sin mira secundaria, y, sobre todo, sin la intención de trasmitirse á la posteridad; pero corroboran lo afirmado por el señor Arteaga, lo que una tradición constante ha sostenido, y lo que refiere gran número de historiadores, á saber: que don Ignacio Allende fué el principal y más activo promotor del movimiento insurreccional de 1810.

En efecto, si Allende ordenó la entrega de los fondos á que aluden los manuscritos, y, particularmente, si él otorgó recibo de la cantidad, como consta, no pudo ser sin el carácter de Jefe del movimiento, y de seguro para el pago de las fuerzas; en otro supues-

